

NÓMOS: COSTUMBRE Y LEY EN LA ACENTUACIÓN DE LOS HELENISMOS EN ESPAÑOL

Sr. Presidente de la Academia,
Sres. Académicos,
estimado público presente

El Guanaco [mi caballo] se había detenido y me miraba. Me le acerqué bastante y no sé si por costumbre de hombre solitario o porque pensaba en voz alta, empecé a hablarle.

Así cuenta mi predecesor en este sitio, don Jorge Calvetti, en su relato *El miedo inmortal*¹. Pocas líneas después vuelve a señalar:

... el oscuro estaba a mi lado, le saqué el freno y, fiel a mi costumbre, empecé a conversarle².

El relator de este cuento logra que, como le pasó al Aquileo de la *Iliada* con su corcel Janto, el palafrén, asumiendo capacidades humanas, le hablara. Más allá de las derivaciones diegéticas de estos pasajes, hago cita de ellos por dos razones.

En primer lugar, deseo rendir un homenaje a este poeta, ensayista y cuentista jujeño que sintió la naturaleza como vivencia personal, única, cotidiana, constitutiva de su ser, y que, aun trasladado al ambiente urbano de Buenos Aires y de La Plata, conservó en su mente y en su corazón el paisaje del noroeste argentino, que se hace renovadamente

¹ CALVETTI, 1974: 50; publicado también con el título "Otro paseo", en CALVETTI, 1995.

² CALVETTI, 1974: 55.

vital en cada uno de sus trabajos. Amigo de grandes escritores y artistas plásticos, fundador del grupo y de la revista *Tarja*, colaborador de *La Prensa* durante tres décadas y también de *La Nación* y de *Sur*, dirigente de la SADE; por el lapso de dieciocho años integró esta Academia, de la que fue vicepresidente, y los últimos tres perteneció también a la Real Academia Española. Recibió seis premios por su labor, que mereció ser traducida a diversas lenguas. Reunió en sí habilidades tan disímiles como las de jinete y domador y la de admirado lector de poetas griegos y latinos; y todas ellas afloran en sus páginas³.

Este escritor me precedió, como ya señalé, en el sitial ocupado sucesivamente por Francisco Soto y Calvo, Juan P. Ramos y Eduardo Mallea, sitial que lleva el patronazgo de Juan María Gutiérrez, de cuyo nacimiento esta Academia hará memoria dentro de poco tiempo, en razón de haberse cumplido el bicentenario de su natalicio. Empero, no quiero dejar de mencionar aquí el honor que representa para mí ocupar este lugar, por el hecho de que Gutiérrez, además de estadista, juriscónsulto, agrimensor, historiador, ensayista, folklorista, impulsor de las ciencias naturales, crítico y poeta, fue durante trece años (1861-1874) rector de la Universidad de Buenos Aires, casa en la que me formé como docente-investigador y en la que ejerzo principalmente mi labor diaria.

La segunda razón por la que cité esos breves pasajes de Calvetti es que ellos hacen referencia a la 'costumbre'. Y es la costumbre uno de los ejes de las reflexiones que me dispongo a exponer.

Y digo "uno de los ejes" porque en la cultura griega, a la cual dedico muchas de mis tareas, el término *nómos* designa a la vez dos conceptos que los helenos veían emparentados. Nos enseña Pierre Chantraine en su *Diccionario etimológico de la lengua griega*⁴, que el verbo *némo*, al cual, con apofonía vocálica, se vincula el sustantivo *nómos*, tiene como sentido original el de 'atribuir, repartir según el uso o la conveniencia, hacer una atribución regular'; no es un simple 'repartir', valor que tienen los verbos *daíomai* y *datéomai*, porque la idea de 'conveniencia' o de 'regla' está necesariamente incluida en *némo*. A

³ Jorge Calvetti nació en Maimará el 4 de agosto de 1916 y falleció en Buenos Aires el 4 de noviembre de 2002. Sucedió a Eduardo Mallea desde el 10 de mayo de 1984.

⁴ CHANTRAINÉ, 21999: 742-4.

partir de la noción de ‘tener parte’, este verbo adquiere también la acepción de ‘habitar’, ‘dirigir’ y ‘aprovechar’ eso que uno tiene a cargo o en posesión; asimismo, la noción se especializa y, en una cultura donde el campesinado es relevante, *némo* también puede valer por ‘dar a pastar’, pues normalmente la ‘parte poseída’ era un campo; como sentido derivado de esta noción de ‘dar de comer’, también existe en este verbo la acepción ‘nutrirse’, mientras que como derivación de la idea de ‘tener parte’ en tanto posesión reconocida por la sociedad, aparece la noción de ‘crear, reconocer como verdadero’.

Vemos, pues, que el campo semántico de la raíz **nem-* abarca diversas ideas. Varios sustantivos derivan de ella, por ejemplo *nomé*, ‘pastura’, *nomós*, ‘forraje, nutrición’, pero también ‘morada, residencia’ y, de ahí, ‘distrito, provincia’. Dejando de lado otros derivados, voy a centrarme en el parónimo de este último vocablo, *nómos*. Según los datos con que contamos, *nómos* aparece en el siglo v a. C. con el valor semántico de ‘lo que está conforme a la regla, al uso, a la ley general’, y de ahí podrá valer por ‘ley’ en tanto norma establecida para su cumplimiento⁵, acepción que conserva en el griego moderno. Sin ser demasiado detallista y dejando de lado los términos con el vocalismo *nem-*, la forma *nómos* dio lugar a varios adjetivos con el sentido general de ‘legal, conforme a la ley, reconocido como válido’, tales como *nómimos*, *nomikós*, *nómios*, *nómaios*, *nomistós*; asimismo, al sustantivo plural *nómima*, ‘costumbres’, *nómisma*, ‘moneda legal’, el verbo *nomízo*, ‘reconocer, crear, considerar’, y muchos compuestos. Nuestra lengua actual conserva varios vocablos que utilizan esta raíz, entre ellos, ‘ecónomo’, ‘agronomo’ y sus relacionados.

Chantraine insiste en que, pese a llegar a significados tan diversos, la raíz básica indoeuropea parte de la idea de ‘hacer una atribución re-

⁵ Sobre este concepto, véanse los artículos de STIER, H. “Nomos Basileus”. En *Philologus* 83 (1927), 225-258; POHLENZ, M. “Nomos”. En *Philologus* 97 (1949), 135-142; BOLELLI, T. “Raporti fra intonazione e valore morfologico e semantico nei nomi d’agente e nei nomi d’azione en -a e in -o in greco”. En *Studi italiani di filologia classica* 24 (1950), 91-116; POHLENZ, M. “Nomos und Physis”. En *Hermes* 81 (1953), 418-438; Isnardi, M. “Nomos e Basileia nell’ Academia antica”. En *La Parola del Passato* XII 57 (1957), 401-458; CAREY, C. “Nomos in Rhetoric and Oratory”. En *JHS* 116 (1996), 33-46; y los libros de HEINEMANN, F. *Nomos und Physis*. Basel: 1945; GIGANTE, M. *Nomos Basileus*. Napoli: 1956; OSTWALD, M. *Nomos and the Beginnings of the Athenian Democracy*. Oxford: 1969; DE ROMILLY, J. *La loi dans la pensée grecque*. Paris: 1971.

gular de'. De ahí que sobre la noción de lo 'acostumbrado, habitualmente practicado', haya surgido la de 'ley', por cuanto definimos como ley la "regla y norma constante e invariable de las cosas, nacida de la causa primera o de las cualidades y condiciones de las mismas"⁶. Es importante observar que ya los griegos señalaban que estos *nómoi*, fueran o no escritos, eran leyes generales que podríamos considerar de 'derecho natural', frente a los *psephismata*, 'decretos' o resoluciones meramente humanos y de carácter socio-político, en tanto estos podrían tener una aplicación puntual, menos durativa'. El *nómos* sería entonces un equivalente de *thesmós*, la 'norma impuesta por la divinidad' y, por lo tanto, eterna e inamovible, más allá de las costumbres en que incurran los hombres. De ahí que en la *Septuaginta*, la Biblia griega helenística escrita en el 'dialecto común' o *koiné*, *nómos* designa la 'ley de Dios'⁸.

Voy a aplicar estos conceptos de 'costumbre' y 'ley' a una cuestión que me interesa de modo personal en tanto helenista y cultor del español, pero que se ha ido haciendo más apremiante y más cotidiana a partir del intercambio con los alumnos universitarios y de las labores de traducción de textos griegos. Este tema es el de la acentuación de las palabras que el español incorporó como derivadas del griego.

En este aspecto es posible ver que muchas veces la costumbre ha ido cambiando a lo largo de la historia en el desarrollo del español, lo cual implica que en el comienzo o en el fin de esa modificación, o en ambos momentos quizás, hay una ley que no se cumple.

Porque es ley general del español –por cuanto así se dio naturalmente– que las palabras se acentúen de acuerdo con la norma de acentuación del latín, dado que a esta lengua tiene el castellano como madre. Esa norma, muy simple, dice que si la penúltima sílaba de la palabra original es larga, el acento debe recaer sobre ella en el término español; en cambio, si ella es breve, debe hacerse esdrújulo en la palabra derivada.

Esta ley regirá todo nuestro análisis. Pero deberán disculparme que haga aquí un *excursus*. Hace solo tres años, el profesor A. P. David, de

⁶ *Diccionario de la lengua española*, 22.ª ed.

⁷ Sobre la distinción entre *nómos* y *pséphisma*, véanse QUASS, 1971 y HANSEN, 1978.

⁸ *Nómos* en singular puede equivaler a 'derecho' en general: véase BUIS, 2009: 78.

Maryland, publicó una tesis en la que propone una nueva interpretación del acento griego, la cual tendría consecuencias en mi análisis. Según este trabajo, si después de un acento gráfico, el descenso que sigue a la elevación de la voz coincide con una sílaba larga, en ella se hallaría la fuerza más prominente de la palabra. Alega como argumento que el latín *Augustus* aparece adaptado en el griego como *Aúgoustos*, al igual que otros nombres –*Mámerkos*, *Métellos*, *Toubertos*– que en latín eran de acento en la penúltima, lo que significaría que, a pesar de la tilde, los griegos también hacían recaer una fuerza en esa anteúltima sílaba⁹. Añade como propuesta un posible influjo de la ‘Ley de Vendryès’. Nos parecen estas argumentaciones erróneas: por una parte, la Ley de Vendryès se aplica sobre términos cuyo acento circunflejo en la penúltima esté precedido por una sílaba breve, situación que no es la ejemplificada por David¹⁰; por otra parte, pensamos que los griegos se limitaron a adaptar los nombres latinos a su propia fonética, de modo que tendieron a acentuar en la antepenúltima todo nombre cuya vocal final fuese breve¹¹. Otros casos citados por el mismo David confirman que dominaba esta adaptación a las propias reglas griegas; tal es el ejemplo de *Cicero*, que los helenos adaptan en *Kikéron*, porque la vocal final es larga. Incluso en sustantivos comunes tomados del latín, el griego siguió la acentuación propia, como es el caso de *doux*, *doukós*, tomado de *dux*, *ducis*, pero adaptado con el acento al final en genitivo y dativo, como ocurre normalmente en los términos de tercera declinación con nominativo monosilábico¹². Y volviendo al caso de *Augustus*,

⁹ DAVID, 2006: 76.

¹⁰ VENDRYÈS, 1945: 263.

¹¹ Observemos que el título latino *Augusta* pasó al griego como *Aougousta*, a pesar de tener breve la vocal final. Esto se debe a que el griego utiliza una oposición acentual entre el nombre masculino y el nombre femenino de la misma raíz. Tenemos así *Aristómakhos-Aristomákhe*, *Kleónikos-Kleonike*, *Lysístratos-Lysistráte*, *Pámphilos-Pamphile*, *Phanóstratos-Phanostráte*, *Philippos-Philippe*, *Philistos-Philiste*, *Philóxenos-Philoxéne*, *Nikómakhos-Nikomákhe*, *Stratónikos-Stratonike*. Esta costumbre se verifica incluso en nombres donde el femenino no termina en *-e* larga, como en *Demétrios-Demetria* o *Timoklês-Timókleia*. La oposición acentual se da incluso cuando el nombre femenino se diferencia de un adjetivo, como en los casos de *Glykéra* frente a *glykerós* o *Thessále* frente al gentilicio *Thessalós*. Apparently, los únicos casos en que la oposición acentual no se da es cuando el nombre es en realidad un topónimo aplicado habitualmente a una esclava: *Antikyra*, *Krobýle*.

¹² Véase, por ejemplo, SOPHOCLES, s.v.

la acentuación griega clásica está asegurada por la del griego moderno, que sigue diciendo *Ávgoustos*. Por lo tanto, concluyo este *excursus* señalando que la teoría, además de ser discutible, no afecta el principio con el cual nos manejamos.

Lo cierto es que ya en el período republicano de la cultura latina, muchos vocablos de origen griego se incorporaron al latín, sea porque los romanos tenían contactos comerciales con la Magna Grecia, sea porque sus poetas abrevaron en la literatura griega, o bien porque los conquistadores de la Hélade se dejaron vencer por esa cultura que los superaba, o bien porque la clase dirigente de Roma consideró útil adquirir la lengua de sus ilustres vecinos. A todo esto habría de sumarse después la fuerte presión del cristianismo que, formado en la *paideia* griega¹³, difundió y defendió sus ideas empleando el griego como lengua propia hasta fines del siglo II, impregnando el latín con muchos tecnicismos, los que Christine Mohrmann llamó ‘cristianismos directos’¹⁴. Según el *Diccionario etimológico de helenismos españoles* elaborado por Eseverri Hualde, nuestra lengua registra más de diecisiete mil “grecismos”, como él les dice, entre adjetivos, sustantivos comunes y nombres propios¹⁵.

Pero si bien ya en esos orígenes latinos nuestra lengua-madre incorporó helenismos, no todos estos “grecismos” que tiene el español ingresaron a él directamente desde el latín. Muchos fueron incorporados con posterioridad, cuando la latina ya no era una lengua viva, sino en la realidad cotidiana de sus hijos, las lenguas romances, o como código científico y diplomático. Estos ingresos tardíos muchas veces fueron ‘calcados’ directamente del griego, en el sentido de que estos vocablos se castellanizaron conservando la acentuación que tenían en griego: a ellos solemos llamarlos ‘cultismos’. Por lo tanto, deberemos distinguir, al considerar los helenismos, diversas situaciones.

Por un lado, tendremos los nombres propios, entre los que deberemos diferenciar aquellos que son de uso cotidiano de los que son de uno literario-mitológico. Por otro lado, contamos con los sustantivos comunes, entre los que también tenemos muchos de empleo coloquial,

¹³ Véase JAEGER, 1961.

¹⁴ MOHRMANN, 1961-1965.

¹⁵ ESEVERRI HUALDE, 1987. No hallamos, empero, una voz como ‘cancérbero’ o ‘Cérbero’.

diario y familiar, y otros que pertenecen al ámbito del lenguaje científico o técnico. Sin embargo, en ambas clasificaciones los límites pueden ser dudosos. Por otra parte, debemos tener en cuenta que nuestra lengua a veces emplea el acento como modo de diferenciar el campo verbal del sistema nominal en una misma raíz. Así, tenemos “yo crítico” frente a “postura crítica”, cuando ambas formas deberían ser esdrújulas por su origen griego y por la regla latina; la misma situación se da en “él practica” contrapuesto a “persona práctica”. Algo similar ocurre con vocablos derivados del latín, como “yo magnífico” frente a “objeto magnífico” o “yo integro” frente a “persona íntegra”, “él vertebró” frente a “una vértebra”, “que él celebre” frente a “varón célebre”¹⁶. Dejaré de lado este aspecto.

En el caso de los nombres propios de uso habitual, contamos por ejemplo con Elena y Aristóbulo entre aquellos que violan la norma de acentuación. Es probable que el primero lleve la acentuación cultista tomada de *Heléne*, si bien perdió en su grafía la hache inicial y en su fonética cambió la *-e* final por *-a*, de acuerdo con la norma del paso por la declinación latina. Podríamos decir que es un semicultismo. Más allá de si esta acentuación grave en vez de la que debería ser *-es* decir, ‘Élena’— pueda derivarse del nombre del personaje de la *Iliada* y de varias tragedias clásicas, o si además influyó el adjetivo ‘heleno’, de diverso origen, pero fonéticamente similar¹⁷, es claro que no podemos pretender modificar la costumbre ya enraizada en la cultura hispanohablante: ninguna mujer, al menos en la Argentina, se reconocería si la llamaráramos ‘Hélena’. En cambio, en la misma pieza épica de la que acabo de hacer mención, un augur hermano de Héctor se llama *Helénos*¹⁸, pero el traductor Luis Segalá y Estalella adapta el nombre al español como

¹⁶ Sobre la oscilación en las voces latinas de este tipo, véase la propuesta del influxo de una *schwa*, en VICUÑA-SANZ DE ALMARZA, 1998: 16. Pensamos que los adjetivos ‘fúnebre’ y ‘lúgubre’—frente a las palabras de acento grave como ‘cerebro’, ‘mediocre’, ‘tiniebla’, ‘culebra’— se acentúan esdrújulos por analogía con los recién citados ‘íntegro, célebre, vértebra’; muy probablemente influyó el uso de los poetas latinos clásicos, a lo que me refiero más abajo, lo que pudo generar acentuaciones ‘cultistas’ como la de ‘vértebra’, voz registrada desde el siglo XVIII.

¹⁷ Deriva del nombre masculino *Héllen*, *-enos* o del adjetivo *hellénios*.

¹⁸ Véase *Iliada*, 6: 76, etc.

Héleno¹⁹, con la acentuación correcta, porque no hay en este caso la presión de encontrarse ante un nombre por todos conocido y aplicado habitualmente a una persona.

Para el ejemplo de Aristóbulo, si bien es menos frecuente, contamos con un personaje de la historia argentina, Aristóbulo del Valle, cuyo nombre llevan calles y plazas. Esta acentuación es cultista, dado que responde al griego *Aristóboulos*. La acentuación correcta, empero, se respeta en otros que llevan el mismo sufijo, como Cleobulo, que designa a un troyano de la *Iliada* (16: 320), a uno de los siete sabios de Grecia, Cleobulo de Lindo, o a un éforo espartano mencionado por Tucídides (5: 36). Es decir, cuando el nombre corresponde a personajes de la historia, de la literatura o de la mitología y no tiene resonancia en la vida cotidiana, se suele respetar la norma correcta.

Cierto problema, sin embargo, producen algunos nombres en los que el ámbito académico de la ciencia correspondiente no ha mantenido coherencia. Por ejemplo, tenemos el caso del famoso Pericles, el estratega que dirigió Atenas durante tres décadas, correctamente acentuado como grave a partir del griego *Periklēs*. En este tipo de onomásticos, la sílaba anteúltima funciona como larga más allá de la cantidad o duración de la vocal, porque el grupo consonántico alarga esa vocal y no hay razones poéticas que admitan una licencia²⁰; de modo que, según la regla que enuncié más arriba, la palabra es prosódicamente grave. En el caso de Heracles, nombre griego del dios Hércules, no cabe la menor duda porque esa alfa de la penúltima sílaba es larga por naturaleza. Asimismo, en el nombre de Damocles, aquel que dio origen a la frase proverbial “espada de Damocles” para designar un peligro que acecha, se respeta aquella misma ley. En cambio, en el nombre del famoso tragediógrafo del siglo v, Sofocles, el uso ha impuesto un inexplicable ‘Sófocles’; y digo inexplicable porque en griego la forma de nominativo es *Sophoklēs* y la del vocativo, que suele retrotraer el acento, es *Sophókleis*, de modo que no podemos disculpar esta incorrecta acentuación ni siquiera con la excusa de que es cultista ni tampoco causada por un influjo francés, muy frecuente en otros casos, pues en esta lengua se dice *Sophocle*.

¹⁹ Véase por ejemplo la edición de Bruguera, 1971, p. 126.

²⁰ La llamada *correptio Attica* que puede aplicarse a sílabas cuya vocal, breve, está seguida de un grupo consonántico de oclusiva más líquida. Véase debajo.

Ya don Manuel Fernández Galiano, en su libro *La transcripción castellana de los nombres propios griegos*, señaló que la acentuación francesa pudo generar errores en la castellana, como ocurrió en el caso del nombre del historiador Heródoto, que durante décadas apareció transcrito ‘Herodoto’²¹; hoy, con todo, este error se ha subsanado. Dicho erudito defiende, así, que se pronuncie Eteocles el nombre del personaje de *Siete contra Tebas*, pero extrañamente indica las que él llama “excepciones bien conocidas” de Empédocles, Sófocles y Temístocles²². En realidad, no hay razón para estas excepciones, más allá de algún caso de cacofonía. Para ser coherentes, debemos acentuar Empe-docles, Sofocles y Temistocles, nombres de filósofo, literato y militar que no pertenecen a la cultura cotidiana y que, por lo tanto, no arrastran el peso de un uso popular contrario. Y si se ha logrado enmendar el error ‘Herodoto’ y restituir la forma correcta ‘Heródoto’, bien podemos lograr la misma corrección en estos tres anómalos, como también se ha enmendado la forma errónea ‘Dióniso’ o ‘Diónisos’ por la correcta Dioniso, en el caso del nombre del dios.

Cabe advertir que en el *Diccionario de los nombres propios griegos debidamente acentuados en español*, de Vicuña y Sanz de Almarza, publicado hace once años, los autores opinan que deben ser acentuados como esdrújulos no solo Sofocles, sino también Pericles y Damocles. Fundan esta aseveración en que las vocales anteúltimas son breves y en que el latín no trababa esas sílabas. Según ellos, los grupos consonánticos formados por consonantes oclusivas seguidas de líquidas no alargaban la vocal precedente en latín²³. Esta opinión puede fundarse en expresiones de algunos gramáticos, como Gildersleeve y Lodge, quienes señalan que, en latín, “las palabras polisílabas tienen el acento en la penúltima cuando la penúltima es larga; en la antepenúltima cuando la penúltima es breve o común”²⁴; aquí se entiende por ‘vocal o sílaba común’ aquella que es breve, pero seguida de oclusiva con líquida. Pero en esa expresión, Gildersleeve y Lodge han de referirse a la práctica

²¹ FERNÁNDEZ GALIANO, 1961: 31, § 137.

²² FERNÁNDEZ GALIANO, 1961: 44, § 168.

²³ VICUÑA-SANZ DE ALMARZA, 1998: 13. Pretenden reforzar su argumentación alegando que Pericles suena esdrújulo en inglés, alemán e italiano (p. 22).

²⁴ GILDERSLEEVE-LODGE, 1895: 8.

de los poetas. También Fernández Galiano²⁵ observa que “en latín clásico se acentuaba todavía *ténebras, integrum, cólubram, cáthedram*”, afirmación en la que el “latín clásico” remite a los poetas de lengua literaria, no a los romanos de la calle, los hablantes del latín prosaico y cotidiano. Bien advierte el erudito español que nuestra lengua tendió a acentuar como graves las palabras derivadas de aquellas que tenían ‘sílabas comunes’, por ejemplo, ‘entero’ y ‘culebra’. Ya Menéndez Pidal, en su célebre *Manual de gramática histórica española*, señala que “el latín vulgar se atuvo siempre al principio” general “aun en el caso de la ‘positio debilis’, y no consintió dejar inacentuada la vocal que precedía al grupo de oclusiva + r, y así acentuó *intégnum (...)* *tenébrae (...)* *cathédra*”²⁶. Puede, sin embargo, objetarse que resulta extraño el hecho de que estas palabras derivadas de una breve acentuada, hecha abierta en latín vulgar, no hayan dado diptongo, como ocurre en ‘pueblo’ de *pōpulus* o ‘tiene’ de *tēnet*. Pero esas formas sin diptongación, como ‘entero’, ‘alegre’, ‘cadera’ o ‘culebra’, fueron explicadas por Menéndez Pidal como reducciones de diptongos, sea por disimilación, por influjo cercano de una *yod* o de un grupo de nasal más consonante²⁷: de hecho tenemos testimonios de textos medievales en los que se registra, por ejemplo, *culuebra*²⁸.

Ahora bien, es conocido que los poetas latinos podían –en estos casos de sílabas penúltimas con vocal breve por naturaleza seguida de grupo consonántico– emplear la licencia poética llamada *correptio Attica*, es decir, ‘abreviación ateniense’, que consiste en considerar breve esa vocal aun cuando le siguen dos consonantes. Si fuera correcto lo señalado por Vicuña y Sanz de Almarza, es decir, que la vocal era normalmente breve para los latinos, la licencia debería haberse llamado ‘alargamiento latino’, dado que lo inusual en la escansión poética habría sido alargar una vocal breve. Como esto no es así, nos parece claro que en la prosodia no poética esas vocales estaban trabadas y las sílabas

²⁵ FERNÁNDEZ GALIANO, 1961: 44, § 168.

²⁶ MENÉNDEZ PIDAL, 1973: 38, § 6.

²⁷ MENÉNDEZ PIDAL, 1973: 60 ss., § 13.

²⁸ Véase COROMINAS, 1976:184; para un ejemplo datado hacia el año 1400, véase CAVALLERO, 1991: 79. No mencionamos el caso de ‘tiniebla’ que puede tener influjo de ‘niebla’ (VICUÑA-SANZ DE ALMARZA, 1998: 17). Ya señalamos que VICUÑA-SANZ DE ALMARZA (1998: 16) proponen el influjo de una *schwa* para justificar el cambio de acento a grave, en palabras como ‘entero’ o ‘culebra’.

funcionaban como largas. Por lo tanto, debemos acentuar ‘Sofocles’, ‘Pericles’, ‘Damocles’, ‘Eteocles’.

Algo similar ocurre con el nombre del primero de los grandes tragediógrafos: Ésquilo. Aún hoy se dice y se escribe Esquilo, posiblemente por influjo del francés *Eschyle* y por cultismo, dado que, a diferencia de los anteriores, en griego se decía *Aiskhýlos*; también pudo influir la costumbre de no escribir tilde en las mayúsculas iniciales. Lo cierto es que esa penúltima sílaba es breve y debemos acentuar ‘Ésquilo’. Fernández Galiano sostiene por la misma razón la acentuación Sísifo, Sátiro, Dídimo, Ánito, Crátilo, y podemos añadir Crémilo; sin embargo, señala “con la única excepción del ya inexpugnable vulgarismo *Esquilo*”²⁹. Ante esta declaración debo señalar mi optimista oposición. Y digo optimista porque creo que, si se corrigió ‘Herodoto’, se puede corregir ‘Esquilo’, y esto por dos razones: la primera, porque Ésquilo no es un nombre de uso cotidiano, de modo tal que la fuerza de lo popular no va a hacer presión; segunda, porque he comprobado como docente que muchos alumnos desconocen en principio este nombre y acogen con beneplácito que uno les hable de Ésquilo como también de Sofocles. El único enfrentamiento surge en el momento de consultar textos académicos o de divulgación en los que se conserva la acentuación tradicional, ‘Esquilo’ y ‘Sófocles’. Pero lo mismo ocurría con ‘Herodoto’, forma que hoy ya no se encuentra: no creo que ‘Esquilo’ sea “inexpugnable”. Y tampoco será imposible, pienso, vencer la forma que Fernández Galiano acepta como vulgar, ‘Heráclito’, en lugar del correcto ‘Heraclito’³⁰, ni lo serán ‘Andrónico’, ‘Demónico’ y ‘Helánico’, que deben ser graves, aunque el mismo erudito teme que sea “difícil luchar” contra el último³¹.

Otro caso de incoherencia es el que se da entre el nombre del filósofo Epicuro, bien acentuado como grave, y el nombre de los dioses Cástor y Pólux, llamados ‘Dióscuros’ en muchos textos académicos en lugar de Dioscuros. Y ya que menciono a Epicuro, vale la pena insistir en que los adjetivos derivados de ciertos nombres griegos tienen en latín

²⁹ FERNÁNDEZ GALIANO, 1961: 38, § 154. En cambio están de acuerdo en acentuarlo esdrújulo VICUÑA-SANZ DE ALMARZA, 1998: 9. Incluyen, sin embargo, en la misma situación el nombre Esquines, que en griego tiene iota larga (*Aiskhínes*) como también la tiene *Aiskhinádes* (véase BAILLY: 50).

³⁰ FERNÁNDEZ GALIANO, 1961: 42, § 163.

³¹ FERNÁNDEZ GALIANO, 1961: 41, § 158

el sufijo *-eus* con *-e-* larga, de modo que debemos acentuar ‘epicureo, sofocleo, euripideo’³².

Dije más arriba que los límites entre estas clasificaciones que he propuesto podían a veces ser dudosos. Tal es el caso de Edipo. Este nombre designa a un personaje mítico y literario cuya forma griega, *Oidípous*, debería dar en castellano ‘Édipo’ o, mejor aún, ‘Edípode’ a partir del tema de genitivo, como el nombre de *Aíax* debe dar ‘Ayante’. Advierte Fernández Galiano que la pronunciación ‘Edipo’ es una excepción a la regla en la que prevalece la “forma vulgar”. Digo que es un caso dudoso porque hoy este personaje se ha hecho muy popular, quizás a partir de Freud y el “complejo de Edipo”, de modo que puede resultar difícil imponer la forma correcta. No coincido, en cambio, con Fernández Galiano, que incluye en la excepción a Esquines y Leptines. Léptines no es nadie popularmente conocido ni un nombre usual como para no ser corregido; Esquines, en cambio, al menos según el registro de Bailly, parece tener *iota* larga, de modo que la acentuación grave sería la correcta. Otro ejemplo dudoso es, para nosotros, el de Timoteo que, como bien señala el erudito recién mencionado, debería ser esdrújulo pero, al ser nombre de uso actual —él lo enlista junto con Dositeo y Doroteo—, se debe tolerar la acentuación grave. Pienso que, quizás, esta acentuación anómala se debe a un influjo francés, dado que no se justifica como cultismo: de hecho, en griego estos nombres se acentúan *Timótheos*, *Dosítheos*, *Dorótheos*³³. No creo, en cambio, por no justificarlo el empleo popular, que debamos decir Lisiteo, Mantiteo ni Leucotea³⁴, como tampoco está suficientemente vulgarizada en el

³² No hay que confundirlos con los nombres propios del tipo *Theseús*, *Orpheús*, *Akhilleús*, *Odysseús*, que son vertidos al latín con *-e-* breve y, por lo tanto, deberíamos pronunciar ‘Téseo, Órfeo, Aquíleo, Odíseo’. Vale la pena señalar que —más allá de la incoherencia latina en cuanto a las formas ‘Aquiles’ y ‘Ulises’— estos nombres suelen ser acentuados como graves porque son arcaísmos micénicos que, originariamente, tenían la *-e-* larga, la cual trocó luego su cantidad con la vocal final por *metathesis quantitatum*, y que suelen aparecer en los textos homéricos con esa forma arcaica. Es, pues, coherente la acentuación esdrújula; pero por la razón aducida, deberían ser registradas, al menos, las dos acentuaciones.

³³ Para Vicuña-Sanz de Almarza (1998: 21), la acentuación grave es influjo de los nombres en gr. *-aíos* / lat. *-aeus*.

³⁴ FERNÁNDEZ GALLANO, 1961: 35, § 146.

hispanohablante común la forma Eolo como para no justificar que a este dios lo llamemos Éolo³⁵.

Para no abundar en más detalles, pasemos a los casos de los sustantivos comunes, si bien hay que atender un ejemplo de transición, como es el ‘cancerbero’. Este sustantivo, que hoy designa a un guardián o portero de modales severos o bruscos, proviene de la unión del vocablo *can*, ‘perro’, con el nombre propio de este ser mitológico, el perro de múltiples cabezas que custodiaba la entrada del Hades; nombre que en griego era *Kérberos* y en latín *Cerbērus*. El término se registra en el *Diccionario* de la Academia desde la edición de 1869; la de 1884 añade la etimología y, sin embargo, conserva la acentuación grave; el diccionario histórico de 1936 cita unos versos de Arjona, en los que ‘cerbero’ rima con ‘fiero’. Efectivamente, Fernández Galiano solo puede alegar el uso de los clásicos castellanos³⁶, que acentúan ‘cerbero’, sin fundamento en la norma ni en cultismos: aparentemente se trata de un simple error difundido –quizás por influjo francés– y, como tal, debería ser enmendado.

Los sustantivos comunes, por ser tales, tienen aún mayor peso en el habla cotidiana. Pero también hay que discernir entre aquellos que pertenecen al ámbito popular, familiar, y aquellos que corresponden al académico, científico o técnico.

Por ejemplo, un sustantivo tan común y frecuente como es ‘teléfono’ viola totalmente las normas de acentuación latino-castellanas. Ingresó a la lengua en el último cuarto del siglo XIX, sin tener un modelo griego cuya acentuación imitar como cultismo; pero sí llevaba entonces un siglo de uso el correcto ‘telégrafo’. Pienso que este debe de haber influido en la acentuación de ‘teléfono’ que debería ser ‘telefono’. Creo obvio que el empleo popular y familiar de la forma esdrújula impide toda enmienda. No así, en cambio, la de vocablos técnicos como ‘aerófono’ y ‘cordófono’, que designan a instrumentos musicales de viento y de cuerdas y que deberían pronunciarse ‘aerofono’ y ‘cordofono’. Dado que se trata, precisamente, de tecnicismos, es posible corregirlos.

El término ‘héroe’ surge del griego *héros*, *hérōos*, que pasó al latín como *heros*, *herōis* y debió dar en español ‘heroe’. Posiblemente la

³⁵ FERNÁNDEZ GALIANO, 1961: 37, § 151, quien admite la acentuación grave.

³⁶ FERNÁNDEZ GALIANO, 1961: 35, § 145.

acentuación esdrújula sea un cultismo, dado que el vocablo se introdujo en el castellano en época humanista. De hecho, el *Diccionario de Autoridades* lo registra correctamente como grave y refrenda este uso con una cita de Lope, “para escribir en verso o en historia / heroe tan digno de inmortal memoria”. A partir de la edición de 1780 se registra solamente como esdrújula, si bien la de 1936 indica la cantidad larga de la vocal -o-. En la actualidad, ‘héroe’ perdió el valor religioso de su origen y se aplica a cualquier persona que realiza una hazaña; es un vocablo lo suficientemente popular y cotidiano como para que no se pueda pretender una enmienda. Algo similar ocurre con ‘ídolo’, del griego *éidolon*, ‘imagen visible’, que pasó al latín posclásico como *idōlum* y debió dar en español ‘ídolo’. Así parece registrarlo el *Diccionario de Autoridades*, pero no las demás ediciones; incluso la de 1970 advierte que deriva del latín *idōlum*, pero “con el acento griego”. La voz se registra desde el siglo XIII con el valor de ‘representación de una falsa deidad’; pero en la actualidad, un ídolo es cualquier persona que merece, si no veneración, al menos admiración y agradecimiento. No es viable una enmienda en el empleo popular. En esta situación estarán posiblemente formas como ‘hexágono’ o ‘pentágono’, que deberían ser ‘hexagono’ y ‘pentagono’ por derivar de *gōnia*, ‘ángulo’, pero que designan conceptos ya bien difundidos de la geometría básica.

En cambio, la voz griega *mimesis*, ‘imitación’, no entró al latín clásico ni tardío, aunque sí lo hicieron otros términos de la misma familia; ingresó como tecnicismo tardíamente en español y tendió a conservar la acentuación cultista. Sin embargo, Corominas lo registra como grave³⁷ y hoy se está tendiendo a esa pronunciación en el ambiente académico: la enmienda es posible, porque en el habla popular se emplea ‘mimo’ pero no ‘nimesis’, voz técnica de uso restringido. Algo similar ocurre con el vocablo médico ‘síndrome’, que algunos tienden a pronunciar erróneamente como ‘sindrome’, sin fundarse ni en la norma ni en un cultismo, pues en griego era *syndromé* y debería pasar al castellano como ‘síndroma’. Y asimismo suele oírse en el ámbito del arte la acentuación ‘icono’, probablemente de influjo francés o cultista, por el griego *eikón*, *eikónos*, pero que no se justifica en la norma, la cual lo impone como esdrújulo. También se ha oído mucho la voz ‘políglota’ que, como bien

³⁷ COROMINAS, 1976: 396.

señala Corominas, debe ser ‘polígloto’, grave y con -o final³⁸, como ha de ser ‘estratego’. El *Diccionario* de la Academia, empero, registra ambas acentuaciones desde la edición de 1956 y, desde la de 1984, incluye ‘políglota’ como sinónimo de ‘polígloto’, mientras que para el caso de ‘ícono’ la doble acentuación se registra desde la edición de 1992, con precedencia de la incorrecta.

Sin duda, quien aprenda el español como lengua extranjera sentirá como un capricho irracional difícil de emplear las diferentes acentuaciones aplicadas a vocablos que en griego eran sistemáticamente iguales. Tenemos así ‘monarquía’, ‘oligarquía’, ‘eucaristía’, tecnicismos entrados en época humanista o poco antes, pero decimos ‘aristocracia’, término incorporado en la misma época, ‘democracia’, registrado a comienzos del siglo XVII, e ‘iglesia’, voz entrada, en cambio, muy tempranamente y existente ya en el latín vulgar, lo cual justifica esta acentuación acorde a la norma. La extensa difusión de aquellos cultismos hace que tal vez sea imposible restituir la acentuación correcta, aunque bien se podría registrar la norma como preferible.

Como se ve por lo expuesto hasta ahora, creo que las posibilidades de restituir la acentuación correcta son esperables en el caso de vocablos cuyo uso está restringido a ciertos ámbitos, mientras que son menos probables en las voces de empleo popular, familiar y cotidiano. Para dar otro ejemplo, mucha gente sabe que los huesos de la pierna se denominan tibia y peroné. La voz ‘tibia’ deriva de la homónima latina que significa ‘flauta, tubo aflautado’, y se registra desde el siglo XIX; en cambio, ‘peroné’ fue tomada del francés *péroné*, ‘clavija’, en el siglo XVIII, término que deriva del griego *perónē*, ‘hebilla, clavija’, y que por vía de una derivación directa habría dado en español ‘pérona’. En este caso se podría pretender una enmienda por el simple hecho de que la palabra, si bien ingresada desde el francés y con acentuación francesa, tiene origen griego y su empleo corresponde más al lenguaje médico que al popular. Situación similar tiene el tecnicismo teológico y literario ‘exégesis’, ‘explicación, interpretación’. La forma ‘exégesis’, esdrújula, es un cultismo que calca la acentuación del original griego; la forma grave es la que sigue la norma latina y, por lo tanto, es la preferible. Pero el sustantivo de agente ‘exegeta’, ‘intérprete’, está sufriendo una

³⁸ COROMINAS, 1976: 298.

deformación injustificada, pues en griego era *exegetés*, la norma impone 'exegeta' y, sin embargo, se oye y se lee 'exégeta', forma que copia erróneamente la acentuación del sustantivo de acción. Y quizás debería insistirse en pronunciar 'catedra', no porque así sonara en griego *kathédra*, sino porque, según las mismas observaciones hechas más arriba a propósito de nombres propios como Sofocles, la norma traba la vocal como lo hace en la derivación popular de ese mismo vocablo griego, 'cadera', y, por lo tanto se impone la acentuación grave³⁹.

Llegado a este punto de la reflexión y de su ejemplificación, debo imitar a los oradores que pasaban de la *causa* a la *quaestio*, es decir, que se elevaban del asunto puntual y particular que era objeto de su discurso, a una cuestión más general. La cuestión es aquí: ¿debe la ley adecuarse al uso? ¿Debe la norma ser modificada para ajustarse a la costumbre?

Si nos fundamos en el concepto de 'ley', aun si el *nómos* se basara sobre una costumbre inveterada, su condición de 'ley' implica una capacidad de imponerse que está más allá del tiempo y de los usos. Como decían los romanos, *dura lex, sed lex*. Puede una ley no gustarme o resultarme inconveniente, pero es la ley y, como tal, garantiza el funcionamiento social. Claro que los griegos distinguían entre *nómos* o *thesmós*, por un lado, y *pséphisma*, por otro: no es lo mismo una ley divina o de derecho natural, que un decreto humano, a veces caprichosa ocurrencia de una persona o de la mayoría. Pensando, pues, en un ámbito como el del derecho natural, cabría preguntarse si la ley 'no escrita', como le diría Antígona, de defender la vida humana, por la dignidad y valor intrínsecos que ella tiene, puede ser alterada por *psephismata* estatales: por ejemplo, ante la costumbre que hace frecuente, cotidiana, la práctica del aborto o de la eutanasia, ¿puede la ley ser modificada para adecuarse a la costumbre, si esta atenta contra el derecho básico de la vida y de la dignidad humanas? Ante la costumbre que hace frecuentes y cotidianos el secuestro, el asesinato o la violación, ¿puede la ley adecuarse al uso y sugerir, por ejemplo, algún atenuante?

En el ámbito jurídico-social, el registro de una Ley debe ser único, de una sola forma, sin variantes; no debería ser el registro permisivo

³⁹El mismo Fernández Galiano (1961: 44 § 168) observa este caso y los similares de 'tiniebla', 'entero', 'culebra'. Todas las ediciones del *Diccionario* de la Academia registran 'cátedra'.

de las costumbres cambiantes de la sociedad. Pero en el ámbito de la lengua, que es organismo vivo y convencional, en la que el habla de los usuarios es flexible, lábil, sometida a modismos, idiotismos y solecismos, no parece imprescindible ni imponible que el registro de la forma sea único y monolítico. Es decir, si el *Diccionario* de la lengua castellana refleja una realidad pero a la vez sirve de guía, debería reflejar no solo el uso habitual sino la norma recomendada. Concretamente, el *Diccionario* podría dar a un término una entrada múltiple, en la que el primer lugar esté reservado a la forma que respeta la norma y que, por lo tanto, es recomendada; el siguiente al que refleja un cultismo, y el tercero, si lo hay, al que constituye un error respecto de los parámetros de la norma, pero que está suficientemente registrado en el uso popular.

Nuestro *Diccionario de la lengua*, ciertamente, tiene vocablos con este tipo de entradas: por ejemplo, los recién mentados ‘exegesis / exégesis’, ‘poligloto / políglota’. Sin embargo, algunos han perdido esta valiosa disposición, quizás porque rige solamente el criterio del uso: tal el caso de ‘ciclope’, voz que apareció en el *Diccionario* de la Academia desde 1780 como esdrújula, pero con ambas acentuaciones desde la edición de 1884 y en un total de quince; lamentablemente, hoy se da lugar solamente al cultismo ‘cíclope’, pues la XXII.^a edición suprimió el registro de la acentuación correcta.

Debo hacer mención de un trabajo vinculado con estos temas. Se trata de la *Ortología clásica de la lengua castellana* que hace poco más de un siglo publicó don Felipe Robles Dégano⁴⁰. Como bien dice la comunicación que mereció de la Real Academia, este libro excede la prosodia. Pero Robles Dégano parte de la idea de que hay un solo uso legítimo, el que corresponde a la gente culta de Castilla la Nueva, único uso que debería ser registrado por el *Diccionario* y que constituye, para el autor, garantía de eufonía, rasgo que se yergue en definitorio⁴¹. Pienso que en cuanto a pronunciación, no es más ‘correcta’ la pronunciación ibérica de, por ejemplo, la doble ele, respecto de la rioplatense o de la boliviana; esas diferencias corresponden a usos dialectales reconocibles; lo mismo si decimos ‘estudiado’ o ‘estudiao’. Pero la acentuación, que suele distinguir significados, es algo diverso. A la acentuación de los

⁴⁰ ROBLES DÉGANO, 1905.

⁴¹ ROBLES DÉGANO, 1905: 1-5.

helenismos Robles Dégano le dedica dos páginas al considerar los vocablos compuestos⁴²; allí, mientras ataca la acentuación grave de términos como ‘análisis’ o ‘parálisis’, acepta ‘antífona’, ‘micrófono’, ‘fotófono’, como también ‘polígono’ y ‘pentágono’, señalando simplemente “aquí el acento no va según (*sic*) la cantidad”⁴³, regla indicada como la general. Es decir, esta ortología promulga, más que una norma general o que un uso familiar y cotidiano de una acentuación, aquella que surge de una discutible ‘eufonía’ del castizo culto, sea o no correcta. Un registro fundado en este criterio sería un tanto reductor y caprichoso.

Pienso, en cambio, que el *Diccionario* debería ser, además de reflejo del uso –o de los usos– y de una guía de corrección, una especie de síntesis de la evolución de la lengua, como suelen serlo los diccionarios del latín medieval y del griego bizantino, aunque sin llegar, por supuesto, a la exhaustividad que podrá alcanzar el *Corpus diacrónico del español*. Si un vocablo asume una nueva acepción, la anterior no debería desaparecer, por cuanto hubo autores que la utilizaron en sus escritos y por lo tanto vive en ellos y podemos leerla allí, aunque ya no sea usual: basta incluir una brevísima mención del valor arcaico. En cuanto a la acentuación se podría hacer algo similar, *mutatis mutandis*, registrando la forma correcta de acuerdo con la ley general, la cultista y, si es diferente, también la habitual.

Yo creo en la educación. Creo que la enseñanza escolar, la orientación universitaria, la prédica académica pueden guiar a los hablantes y a los que aprenden nuestra lengua como segunda. En esa tarea, que puede ser una hazaña digna de Heracles, la participación del diccionario es relevante.

Y esto que reflexiono y que se transforma en propuesta es algo insoslayable si pensamos que el lema de la Real Academia es “limpia, fija y da esplendor”, imagen que apunta no a destruir o tapan la base de aquello que es valioso, sino a resaltarla, hacerla visible e intentar que prevalezca. Y si el lema de esta Academia Argentina de Letras, entre cuyos miembros me honro desde hace unos meses en contarme, es *recta sustenta*, frase latina que adorna la columna de su emblema y significa ‘sostén lo correcto’, es deber nuestro recomendar el empleo de voces

⁴² ROBLES DÉGANO, 1905: 145-7.

⁴³ Dos veces en la p. 145 se escribe “según” sin tilde.

que tengan propiedad y corrección, incluyendo en esta última su acentuación. Y para ello, bien podemos bregar por que el *Diccionario de la lengua* acoja, destaque y recomiende las formas correctas, sin dejar de registrar las usuales, aun cuando aquellas tengan escaso o nulo empleo en la actualidad. De tal modo, el diccionario registrará el *nómos*, tanto la ley cuanto la costumbre. Y quizás así soslayemos aquel reproche que hiciera Jorge Luis Borges a los diccionarios, acerca de que ellos “propenden a acentuar las diferencias y a desintegrar el idioma”⁴⁴.

Creo que esta posición mía es lógica en alguien que se dedica a una lengua y una literatura que se desarrollan desde hace tres milenios. Puede, con todo, ser discutible. Pero insisto. Aun si se argumenta que la lengua es un organismo vivo y sobre esta base real se admiten solamente las formas incorrectas por ser las usuales, comunes o impuestas, análogamente se podría aceptar que, respecto del cuerpo humano como organismo vivo, solo describen sus diversos sistemas y tejidos las formas patológicas registradas en tratados de medicina. Y esto es un absurdo. En lo vital, siempre se dan realidades correctas y realidades desviadas. Creo función de la actividad académica y de la educativa en general señalar la norma correcta, así como el *nómos*, la ‘Ley’, debe orientar al *nómos*, la ‘costumbre’; es decir, encauzar los usos por la senda derecha y no someterse a los empleos que se van imponiendo a veces por desvíos que solo se fundan en una especie de expansión ‘tumoral’ de usos irreflexivos. Sin necesidad de actitudes agresivas ni imperativas, pero sí con la paciente insistencia de una madre y maestra, tanto la Academia, o ‘Academia’⁴⁵, cuanto la Universidad y la Escuela deberían señalar con

⁴⁴ Prólogo a *El informe de Brodie*, en BORGES, 1975: 666.

⁴⁵ A partir del griego *akadémeia*, el latín acentuó lógicamente sobre la *i* su adaptación *academia*, como lo hizo en los nombres míticos *Iphigéneia* y *Laodámeia*, adaptados en *Iphigenia* y *Laodamia* (véase Gaffiot, *Dictionnaire latin-français*, s. v.). Empero, las inscripciones y poetas tardíos registran con *i* breve los nombres propios *Eugenia* y *Eugenius*, derivados respectivamente de las formas griegas *eugéneia* y *eugéneios*, que deberían haber dado *Eugenía* y *Eugeníus*. Posiblemente sobre ellos actuó aquella ‘ley’ de abreviación de una vocal —que no sea diptongo— ante otra vocal, que llevaría en español a la diptongación de estos grupos *-ia-*, *-io-*; o, quizás, los poetas tendieron a acentuarlos ‘a la griega’, como un ‘cultismo’, aprovechando que ya no percibían la cantidad larga. Obsérvese que el español suele decir *Medea* por el nombre griego *Médeia*, que debió dar en español ‘Medía’; pero ya el latín clásico tuvo una forma *Medēa* como variante de *Medīa*, quizás para aumentar la diferencia con el topónimo griego *Medía*, que dio en latín *Medīa*.

optimismo las formas correctas como posibles y preferibles. Y quizás, aunque no lo creamos hoy, al ‘sustentar lo correcto’ lograremos no solo la supervivencia, sino también la conveniencia y tal vez la preferencia de las formas que la prosodia latino-castellana indica como las propias de nuestra lengua⁴⁶.

Y ya como epílogo de estas palabras, quiero volver al comienzo, es decir, al homenaje de mi predecesor. En uno de sus *Poemas conjeturales*, Calvetti escribió:

Como un animal voraz
la muerte me anda siguiendo.
Voy a entregarle mi cuerpo
y voy a seguir viviendo⁴⁷.

Ciertamente, el poeta sigue viviendo, primero en el amor constante de los suyos (“esa es la ley del amor”, dijo don Jorge⁴⁸), pero también en su obra. Y él ha hecho estas reflexiones cuya cita me parece muy pertinente en esta ocasión:

He tenido en mi vida tantas comprobaciones de que nuestro conocimiento de la realidad es mísero, que prefiero relatar los hechos de que he sido protagonista y reconocer –por irracional que parezca– que, para mí, todo es posible⁴⁹.
Cuando todo esté en contra de ti, tienes que saber resistir y luchar. Resistir es luchar. Cuando sepas cuánto eres capaz de resistir, conocerás la medida de tu alma⁵⁰.

⁴⁶ Cabe señalar que Vicuña-Sanz de Almarza (1998: 18), al rechazar las formas graves ‘iberos’ y ‘celtiberos’, acusan, a quienes las defienden, de aplicar “ciegamente la regla latina de la penúltima sílaba larga”, declaración que asombra cuando ellos mismos la sostienen para justificar acentuaciones poco o nada habituales. No es cuestión de ceguera sino de coherencia.

⁴⁷ CALVETTI, 1992: 76.

⁴⁸ CALVETTI, 1992: 70.

⁴⁹ “Unas visitas”, en CALVETTI 1995: 76.

⁵⁰ “Un arreo”, en CALVETTI 1995: 83.

En la educación, en la enseñanza, en la prédica de los valores y en la defensa de las leyes, todo es posible si nos animamos y sabemos luchar.

Pablo A. Cavallero

Bibliografía citada

- BORGES, J. L. 1975. *Prosa*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- BUIS, E. 2009. *Hacia una poética cómica de la justicia*. Tesis doctoral presentada a la UBA. Buenos Aires: inédita.
- CALVETTI, J. 1974. *Cuentos de provincia*. Buenos Aires: Orión.
- . 1992. *Poemas conjeturales*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- . 1995. *Escrito en la tierra*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- CAVALLERO, P. 1991. *Concordancias de 'Del soberano Bien' (c. 1400). Una investigación sobre la lengua de traducción en el medioevo*. Buenos Aires: SECRT.
- CHANTRAINE, P. 1999. *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*. Paris: Klincksieck, 2^a 1999.
- COROMINAS, J. 1976. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos.
- DAVID, A. 2006. *The Dance of the Muses*. Oxford University Press.
- ESEVERRI HUALDE, C. 1987. *Diccionario etimológico de helenismos españoles*. Ediciones La Hoja de la Sibila, 3 tomos.
- FERNÁNDEZ GALIANO, M. 1961. *La transcripción castellana de los nombres propios griegos*. Madrid: Sociedad Española de Estudios Clásicos.
- HANSEN, M. 1978. "Nomos and psephisma in Fourth-Century Athens". En *Greek, Roman and Byzantine Studies* 19, 315-330.
- GILDERSLEEVE, B. y G. LODGE. 1895. *Latin Grammar*. 3.^a ed. London: St. Martin' Press.
- JAEGER, W. 1961. *Early Christianity and Greek Paideia*. Cambridge: Harvard University Press.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. 1973. *Manual de gramática histórica española*. 14.^a ed. Madrid: Espasa Calpe.

- MOHRMANN, CH. 1961-1965. *Études sur le latin des chrétiens*. Roma: Edizioni di Storia e Letteratura, 4 vols., I-III 1961, IV 1965.
- QUASS, F. 1971. 'Nomos' und 'Psephisma'. *Untersuchungen griechischen Staatsrecht*. München.
- ROBLES DÉGANO, F. 1905. *Ortología clásica de la lengua castellana*. Madrid: Tabarés.
- SOPHOCLÉS, E. 1914. *Greek Lexicon of the Roman and Byzantine Periods*. Cambridge: Harvard University Press.
- VENDRYÈS, J. 1945. *Traité d'accentuation grecque*. Paris: Klincksieck.
- VICUÑA, J. y L. SANZ DE ALMARZA. 1998. *Diccionario de los nombres propios griegos debidamente acentuados en español*. Madrid: Clásica.